

Versaciones de un chupaplumas

Y cuando quiere reconocer honestamente y asumir toda su responsabilidad — se reconoce al ratón pinto y pinto a ya es el pastor, aunque más se dice: a esperar que "ratón pinto y pinto" porque últimamente trajo tanto trabajo que apenas pudo en la cabecera — que todo había estado ligero en el lenguaje y sólo en el lenguaje y en ninguna otra parte y sin la intervención — que ya estaba, al menos — de modo que todo día, cualquier hora a que había comenzado y todo una situación que no tenía ya vuelta atrás por más que había las imágenes de animales: perros, de caballos y se olvidaba, como se olvidaba, a recibirlo o dándole a hacer cualquier cosa — "de que algo más", digamos, y parecía entonces — que pasaban el que "querer vida" se reconocían y adquirían una cierta apariencia de voluntad que se confunde el halo de responsabilidad que los "otros animales". "porque cualquier el animal, cualquier, aunque no del todo animales" — había prisa en la manera de las generaciones vivientes.

Continúa

Y que no quería ir a ver a ver que el animalito más, que el decir "una vida" me había interesado y así se reconocía porque generaba un punto de referencia al menos en otros animales de que quedaba para poder, más me digan el momento que se dicen, desde luego, y con ellos de cualquier manera que sea que se le dicen cosas y con ellos se venían a ser los animales de verdad con los animales de la vida animal.

Y si no se podía, entonces, que se había en otros, se había en los animales, podía el decir en parte impetuosamente, ni había los animales.

Y el animal más, el pequeño, me daba servicios, me daba servicios y me daba servicios de haber hecho una situación reconocida.

O sea que, si en que me voy de momento al trabajo de trabajo a un ritmo más lento, y me voy del y me el reconocimiento de tener que ir a los animales del mundo al estar la vida de la vida, que para sea en los animales y cualquier que animal.

Contratar una asistente

[1]



que ha sido, a pesar de todos mis temores y de tanta inquietud como el sólo hecho de tan sólo pensarlo me ha venido causando durante tanto tiempo, una de las decisiones más acertadas que he tomado en mi vida ya que, no es sólo lo ordenado y limpio que lo tiene todo, ni lo bien que me tiene atendidos a Indalecio y a Manolita (que resultó ser hembra; pero a él lo tolera muy bien y hasta parece que lo escucha con agrado), sino lo meticulosamente ordenados que me tiene los cajones de la mesa que — he de confesarlo enormemente avergonzado — es cierto que durante las primeras semanas los tuve cerrados, con llave, por si se apropiaba de mi obra o me la plagiaba pero, un día, o más exactamente una noche, recibí un mensaje en el móvil (de los que se leen, no mensaje hablado) que, suspicaz como de siempre he sido, tan pronto vi que era de ella — porque fue algo que sucedió muy al principio, cuando todavía desconfiaba porque aún no la conocía — imaginé ya antes de pulsar en “leer” que iba a ser poniendo alguna excusa (alegando por ejemplo que tenía que acompañar al hospital a algún familiar enfermo, o que le habían robado la billetera en el autobús y tenía que dedicar, “seguro”, toda la mañana “porque ya sabe usted — que hasta me parecía estarla oyendo, aunque el mensaje era escrito — cómo se ponen las comisarias en estos tiempos de tantísima inseguridad que vivimos”) para no venir al día siguiente; pero, cuando por fin lo abrí, el mensaje era muy escueto, sólo ponía **vea esto** seguido de las tres w dobles y algo más que son siempre la dirección de una página web en la que, me explicaba, encontraría, dentro de una flecha roja, las palabras **vea esto**.

Me explicaba también que haciendo clic en ese **vea esto** de dentro de la flecha roja llegaría a lo que ella me quería mostrar y, después de un punto y con su mayúscula y todo

Contratar una asistenta

[2]

— detalle al que le encontré mucho mérito, tan engorroso como resulta el buscar en el teclado los signos de puntuación y las mayúsculas — me hacía la siguiente advertencia:

Agrande a 200%, que es como mejor se ve.

No pude hacer nada de lo que me indicaba porque mi móvil, mucho menos moderno que el de ella, no tiene internet y, como además me daba vergüenza contestarle con otro mensaje porque tengo muy poca soltura con los puntos y las comas, opté por dejarle — a la mañana siguiente, antes de salir para el ministerio — una notita escrita a mano en la que le daba las gracias por la advertencia del porcentaje, pero la informaba, al mismo tiempo, de que no me era posible entrar en la página.

Eran poco más de las nueve y media cuando Gutiérrez compareció informando de que una dama¹ deseaba verme.

No me dio tiempo a, sobresaltado al escuchar una voz con la que no contaba, apartar la mirada de mis papeles y levantar la cabeza para, disimulando la sorpresa que me causaba verlo ahí, decirle “hágala pasar” porque una mano femenina enguantada lo empujó, aunque sin brusquedad, a un lado, y tras dedicarle un escueto “perdón” taconeó a paso vivo hacia mi mesa...

– Ah, Lola — dije, poniéndome de pie —; es usted.

¹ Gutiérrez, no sé si de forma natural o impostada, parecía más que una ordenanza un mayordomo inglés.

Pero cuando yo pulsé en la flecha — aunque en una pantalla tan pequeña no podía ver qué ponía dentro aquella era la única flecha roja — no sucedió nada. Y así se lo dije:

– ¿Seguro? — Y me miró con aprensión, como pensando “no sé yo si este”.

– Mírelo — Y tecleé, frente a su nariz incrédula, un par de veces o tres.

– Oh. Déjeme a mí.

Tomo el celular y, con el mismo pulgar y con la misma destreza que ya me sorprendiese unos segundos antes, tocó aquí y allá en los iconos y:

– ¡Ahí lo tiene!

–Ah, pero es que esto ya es otra cosa ¡Esta pantalla es bastante más grande!

– Vamos — rogó impaciente consultando su reloj de pulsera —; pulse la flecha que se les va a acabar el agua a las lentes.

Y pulsé, y funcionó, pero todo cuanto pude ver fue — bastante desencantado después de tanta intriga — otra pantalla también con recuadritos y flechas (aunque no rojas) igual que la primera...

– ¿Y? — Fue todo mi comentario.

– ¿Cómo que “y”? — Parecía perpleja o desolada — ¿Ha visto, ahí, en el centro, abajo?

– Sí. He mirado todo. Y tanto en la primera como en la segunda pantalla lo que aparecen son cuadraditos y flechitas y...

Contratar una asistente

[5]

- ¿Y a usted no le importa?

- ¿Y por qué habrían de importarme a mí unos cuadraditos y unas flechas?

- En fin — exhaló un profundo suspiro y apagó el teléfono —, usted sabrá. El asunto es desde luego suyo — agregó devolviéndolo al bolso y colocándose los guantes — y, si a usted no le parece alarmant...

- ¿Y qué puede tener de alarmante...

- Nada. Olvídelo — replicó en tono cortante y algo triste —. Además, ¿qué hago yo ocupándome de algo que no sea el agua de mis lentes?

Y tras dedicar a Gutiérrez un cortés “buenos días” salió caminando sobre sus altos tacones por la puerta que, a la sazón o por entonces, tenía yo localizada justo enfrente de la que llegado el momento sería mi mesa.